

vantado rígida y pálida. Tiró la carta de Enriqueta en el escritorio, y la mostró á su hijo con el dedo tembloroso, y con una voz para él desconocida, con una voz de timbre metálico, voz de indignación y de cólera, le dijo:

—La he leído. Otra vez cuida de no tirar las cartas de tu querida.

Y añadió sofocada de ira:

—¡Semejante perdida!

Y dejando al joven estupefacto y rojo de vergüenza, la madre irritada, salió dando un portazo.

---

## V

Sin embargo, aquellos pobres chicos eran muy dignos de indulgencia.

Lo mismo que su madre, Armando, cuando atravesaba el salón, se había interesado por aquel lindo rostro que se inclinaba para saludarle. Mas era tan inocente que no había reparado en la mirada rápida, pero muy tierna, que le dirigía al paso, ni en el rubor que subía á las mejillas de la obrera. En cuanto á ella, la primera vez que vió á Armando—súbitamente, sin defenderse—quedó enamorada de él y aquel joven guapo y delicado, de gestos armoniosos, de ojos ardientes y dul-

ces, le parecía un sér de esencia superior. Enriqueta era honrada, no ignorante. Desde el aprendizaje las conversaciones de sus compañeras la habían instruído, pero nunca su deseo hubiera sido bastante audaz para elevarse hasta el objeto de su naciente amor.

A sus ojos Armando era un «rico», uno de esos á quienes las pobres no pueden conocer ni ven más que de lejos. Estaba segura de que tenía una *buena amiga*— porque en sus barrios no se puede suponer que un hombre llegue puro hasta los veinte años—pero la que él amaba debía ser una mujer de su clase, una «hermosa dama», y sin conocerla, pero no dudando de su existencia, Enriqueta creía que era muy feliz y le envidiaba la dicha de pasar sus dedos llenos de sortijas entre la negra y rebelde cabellera, siempre un poco en desorden, del joven patricio. Ella, la

pobre, tenía que contentarse con admirarle á distancia, respetuosamente. Cuando él la decía al pasar: «Buenos días, señorita,» Enriqueta sentía una impresión deliciosa. Pero imaginar que pudiera fijar la atención de Armando, parecerle bonita!... No, no era tan loca.

Él la encontraba de perlas. Se sentía atraído hacia ella por todas sus curiosidades, todos sus ardores de mancebo en quien acababa de brotar con violencia la flor intacta del deseo. Hasta entonces había sido casto, no habiendo conocido ni las torpezas de los dormitorios del colegio, ni las brutales iniciaciones de la Cite-rea venal. Pero la hora de la crisis había sonado. Sólo al pensar que aquella linda joven estaba allí, bajo el mismo techo que él, Armando sucumbía bajo el peso de una languidez repentina y era incapaz de todo trabajo. Dejando de repente sus libros

15852  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

abiertos, encontraba hipócritamente un pretexto para consigo mismo, á fin de circular por la casa y atravesar el saloncito donde estaba Enriqueta sentada y cosiendo, envolverla en una rápida mirada y recibir el rayo fugitivo de sus ojos. Luego volvía á su cuarto de estudiante, dejándose caer fatigado en el sofá, y permanecía allí rendido, con la frente ardorosa, las manos inquietas, bostezando y con deseos de llorar.

Mejor enterada de la vida, Enriqueta acabó por apercibirse de la turbación del joven en su presencia. ¿Era posible? ¿Le gustaba? Aquel señorito tan delicado, tan *mono*, como ella le llamaba con el pensamiento en su lenguaje popular; aquel Armando que le parecía de otra raza distinta, que le hacía el efecto de una especie de semidios, se dignaba fijarse en ella. En su humildad sincera se sintió al pronto con-

fusa. Luego inundó su corazón una ternura infinita.

¡Ah! Armando no necesitaba más que hacer una seña, decir una palabra. Todo lo que quisiera, en seguida.

Muy sencilla, puramente instintiva, ignoraba la coquetería, los manejos del amor. ¡Oh! Si la guiñaba un ojo, estaba pronta á ofrecerse ella y su florida juventud, pronta, sobre todo, á dar su corazón, en cuyo fondo sentía una fuerza misteriosa, irresistible, que la levantaba y la empujaba á los brazos de Armando. Ya se reprochaba por no dar los primeros avances. Le veía tan tímido, que hubiera querido animarle. Pero no podía vencer un resto obstinado de pudor. ¡Hubiera sido tan fácil responder á la mirada de Armando con una mirada, á su sonrisa con otra sonrisa! ¡Tonta! Cuando él pasaba no tenía valor ni para levantar la cabeza. De suerte

que corrían días y días sin que el joven adorado sospechase que lo era, y sin que aquel torpe comprendiera que era esperado como Júpiter.

---

## VI

Pero la catástrofe era inevitable.

Un hermoso domingo—era á fin de mayo— un domingo de cielo despejado, de sol brillante y vestidos claros, Armando, que debía comer en casa de uno de sus compañeros, se había despedido de su madre á eso de las cuatro y paseaba sin objeto.

Una vez en la calle, á pesar del aire tibio y de la claridad del día, se sintió triste. Envidiaba á todas las parejas que pasaban con aire de fiesta. ¿Qué parisiense en las horas agitadas de la primera juventud no ha conocido esos paseos enervan-

tes, esa sensación tan dolorosa de soledad y angustia en medio de la multitud?

Subió, arrastrando el paseo, toda la calle de los Santos Padres hasta el fin, volvió á la derecha por la de Sevres, pasó el Square poblado de plátanos, dejó atrás los escaparates cerrados del *Bon Marché* y continuó su camino por la ancha avenida que se prolonga al lado de la antigua tapia del hospital Laënnec. El domingo á esa hora aquella ancha calle del barrio clerical está poco menos que desierta. Las tiendas de objetos de piedad están cerradas. Las devotas llevan ya el traje de visperas. Se ven algunos transeuntes, obreros y gente de la clase media, con el traje de los domingos. A un lado y á otro parejas de soldados con guantes blancos, y la sotana negra de un cura que se aleja. Está es todo. Y de diez en diez minutos pasa por el medio de la calle el ómnibus,

que rueda pesadamente como si estuviese dormido.

Alrededor de la puerta del hospital las mezquinas instalaciones de flores, bizcochos y naranjas, y la entrada y salida de los visitantes, prestan un poco de animación al cuadro.

De repente, en medio de los grupos, distinguió Armando á Enriqueta, que iba algunos pasos delante de él.

Llevaba un vestido azul con pintas blancas, sin ningún valor, pero que modelaba perfectamente su talle esbélto y flexible. Sobre su sombrero de paja ordinaria oscilaba un bonito ramo de azucenas y en la mano enguantada llevaba la sombrilla abierta. Estaba así encantadora la parisiense, y parecía la juventud misma. Al conocer á Armando se puso encarnada y su boca entreabierta, sus dientes blancos, sus ojos de miosotis bañada de

rocío, su cabellera rubia donde titilaban puntas de oro, todo en ella parecía sonreír.

Armando se había quitado el sombrero, y aunque su corazón latía con violencia, el majadero iba á pasar de largo. Pero ella le dirigió un «Buenos días, caballero» tan gracioso, que se detuvo, y queriendo entablar conversación, sin saber qué decir, la pregunté con voz un poco temblorosa de dónde venía.

Ella le contestó con igual embarazo, hablando por hablar, muy deprisa.

Salía del hospital, donde había ido á llevar algunos consuelos á su tía, enferma desde hacía quince días. Pero aquello no sería nada. La buena mujer estaba ya mejor y sería enviada muy pronto al asilo de convalecientes. Enriqueta se alegraba mucho, porque, según decía, era muy triste para ella encontrar todas las noches la «casa sola».

Ni uno ni otro pensaban en sus palabras. Se miraban de hito en hito, conmovidos hasta temblar. Aquel encuentro, aquel diálogo, les parecía á los dos un acontecimiento extraordinario. Hablar así, en medio de la calle, con aquella joven á quien después de todo apenas conocía, era para Armando la acción más temeraria de su vida, y en cuanto á la griseta enamorada sentíase trastornada como la pastora de un cuento de hadas á quien el hijo del rey llega con gran séquito á pedirle por esposa.

Sin darse cuenta de ello habían empezado á andar uno al lado del otro. Armando, con la boca seca y un golpeteo de sangre en las sienes, buscaba en vano algo que decir.

—Y entonces, señorita... es decir, ahora... ¿va usted á pasear?

—¡Oh! no, no, señor. Voy muy despa-

cio á casa á preparar mi comida... La cosa no será muy larga... Luego me acostaré... Ya sabe usted que tengo que levantarme á las siete de la mañana.

Armando se estremeció al pensar que iba á dejarle, á alejarse, á desaparecer de allí. Un proyecto de gran audacia por su parte acudió á su mente, y murmuró con el heroísmo de los cobardes:

—Decía usted, señorita, que se le hacía muy triste pasar la velada enteramente sola... Pues bien... usted es libre... y si quisiera darme un gran placer... ¡oh! lo aseguro... un placer grandísimo... vendría usted... á comer conmigo.

Enriqueta quedó aturdida de sorpresa y de alegría. Creía soñar. El cuento de hadas continuaba.

—¡Cómo, señorito Armando!... ¿Usted quiere?...—y al decir el nombre de Armando, que pronunciaba por la primera

vez de su vida, se establecía entre ellos una especie de intimidad.—Pero, ¿de veras me convida usted á comer?

Armando creyó que iba á rehusar, y aquel temor le animó más.

—Sí, comeremos juntos... como dos camaradas... A mí me espera un amigo. Pero, no importa. Me excusaré. Enviaré dos letras desde el restaurant... Acepte usted... Me hará usted tan feliz...

Y añadió, perdiendo la cabeza:

—Es usted encantadora... Me gustaría tanto conocerla mejor y ser su amigo...

Y se atrevió á ofrecerla el brazo.

Ella lo aceptó. Se sentía desfallecer, y murmuró encantada, entregando así su secreto:

—¡Qué dicha! ¡Yo que no hago más que pensar en usted!

¡Pobres muchachos! Apenas hacía un cuarto de hora que podían hablar libre-

mente y en su cándida sinceridad habían cambiado ya sus confesiones. Desvanecidos y mudos de felicidad, iban hacia adelante sin saber dónde. Habían llegado al boulevard de Montparnasse, por el cual circulaban muchos paseantes, y éstos volvían la cabeza para contemplar sonriendo aquella pareja tan linda, tan igual, tan graciosa y tan joven. Pero los enamorados no reparaban en ello, absortos como estaban en su alegría íntima. Rompieron el silencio y recordaron los días de timidez y de encogimiento.

—¿Con que es verdad?—preguntaba Armando.—¿Le inspiraba á usted alguna simpatía desde hace mucho tiempo?

—No vivía más que por los minutos en que usted atravesaba el saloncito... Sólo al ver moverse el pestillo de la puerta adivinaba si era usted... ¡Oh! Si usted supiera...

—¿Es posible? ¡Y yo no lo sospechaba!

—¡Oh! yo—decía entonces Enriqueta con una mirada ligeramente maliciosa—ya había advertido que usted pasaba cerca de mí con frecuencia.

—Y decir—respondía Armando exaltándose—que las cosas hubieran podido seguir así siempre, y que sin nuestro encuentro de esta tarde... Pero eso ha concluido por fortuna. Concluido del todo. ¡Qué suerte haber encontrado á usted! Y yo tan medroso que iba á pasar sin decir á usted nada... Como es la primera vez... Pero en seguida he visto en los ojos de usted que debía hablarla, que esto la agradaría... Ahora ya nos conocemos, ¿no es verdad? Y nos arreglaremos para vernos con frecuencia... todo lo que sea posible... y usted será mi amiga íntima, ¿quiere usted?

Y la muchacha, con su franqueza popular que un excéptico hubiera tomado por



cinismo, pero que á Armando le parecía adorable, contestaba con la voz ronca y los ojos bajos:

—Ya ve usted que sí.

## VII

Cerca de la estación de Montparnasse entraron en el restaurant Lavenne, que Armando conocía por haber almorzado en él con sus amigos de la Escuela de Derecho, y se instalaron en el pretendido jardín, que no tiene más plantas que los candelabros de gas y las perchas para los sombreros, pero donde aquel día una aca-cia florida esparcía su perfume primave-ral. Armando envió lo primero, por medio de un camarero, una carta de excusa á la casa donde le esperaban, y luego pidió, ó mejor dicho, aceptó el *menú* que le impuso un *maitre d'hôtel* lleno de autori-

dad. ¿Qué importaba á los dos jóvenes el lenguado Joinville ó el filete Rossini? Estaban sentados uno frente al otro, devorándose con los ojos, charlando como cantan los pájaros, y en las frases más triviales que cambiaban, sirviéndose de los platos que les ponían delante, había á la vez deseo y ternura.

Armando hizo hablar á su nueva amiga, que le contó su humilde historia. Ciertamente no había sido criada con gran regalo. Sin embargo, cuando era muy pequeña, su vida no fué demasiado dura. Su padre—un viudo—buen obrero mecánico, ganaba un jornal crecido y podía subvenir á las necesidades de su hija y de una hermana vieja que cuidaba de la niña. Pero un día el pobre hombre, cogido por una rueda, murió miserablemente destrozado en el engranaje. Y héla aquí sola, con su tía, una campesina sin oficio. El antiguo

patrono del padre daba una pequeña pensión á la huérfana; la vieja servía como asistenta; pero á pesar de todo lo pasaban muy mal. La niña, que acababa de tomar la primera comunión, hubo de entrar en aprendizaje y dejar la escuela, donde por lo demás no había aprendido gran cosa.

—¡Oh! señorito Armando, si usted viera mis garabatos y mis faltas de ortografía... Me da vergüenza.

Y contaba los largos años de apuros, el pobre lujo de la casa desapareciendo sucesivamente, el reloj de sobremesa siempre yendo y viniendo al Monte de Piedad para comprar lo preciso, las ansiedades periódicas para pagar al casero. Por fortuna ella adquirió pronto habilidad en su oficio, y tenían con qué vivir; nada más que lo preciso, pero, en fin, vivían. Y, además, su suerte iba á mejorar probablemente. Habían hablado de ella á Madame

Pamela, la gran modista que tenía en su taller una plaza vacante, y dentro de poco, quizás mañana, esperaba entrar en aquella casa famosa, donde podría ganar ciento cincuenta ó doscientos francos al mes.

Armando la escuchaba, compadeciendo á aquella niña que había ya trabajado y sufrido tanto. Con aquella existencia de privaciones, cuyas peores horas contaba la muchacha casi con gusto, comparaba él su infancia, tan mimada y tan fácil. Pensaba que la moneda de veinte francos con que iba á pagar la comida hubiera bastado á Enriqueta y su tía en otro tiempo para vivir una semana. Tenía Armando un corazón excelente y sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando la obrera, en su lenguaje pintoresco, lleno de detalles dolorosos y exactos, le revelaba las virtudes de costumbre y las resignaciones cotidianas del

buen pueblo, tan valiente y tan ingenioso en su miseria.

Caía la tarde cuando les sirvieron el café. Salieron del restaurant. Las luces del gas se iban encendiendo en todas direcciones. Cuando Enriqueta tomó el brazo de Armando con un ademán confiado y conyugal, él experimentó una sensación muy dulce y muy nueva.

Un cochero de victoria, parando su carruaje al borde de la acera, les hizo seña.

—La noche está hermosa—dijo el estudiante.—¿Vamos á dar una vuelta al Bosque?

—Sí, sí,—exclamó alegremente la griseta.—¡Es tan agradable ver los verdaderos árboles!

Le confesó que quizás no había paseado cuatro veces en su vida en carruaje abierto. Así es que se divirtió mucho y charló como una chicuela.

¿El campo? Ella casi no lo conocía. En verano los domingos por la tarde, cuando hacía buen tiempo, su tía llevaba en una cesta una botella de agua con vino y algún fiambre y se iban á comer respirando el «aire puro» de las fortificaciones.

—Pero donde hay cenadores y chimeneas de fábricas —añadía— no es el verdadero campo, ¿es verdad?

En cuanto al bosque de Boulogne había visto en él salvajes muy feos en el Jardín de Aclimatación. Había allí mucha gente, mucho polvo y luego era preciso esperar tanto tiempo para coger el tranvía. ¡Pero por la noche debía ser delicioso!

Llegaron ya de noche al Arco de Triunfo, y cuando Enriqueta descubrió bajo el amplio cielo estrellado, la ancha y tenebrosa Avenida de la Emperatriz, donde innumerables faroles de carruajes se des-

lizaban como enormes fuegos fatuos, dejó escapar un largo suspiro de admiración y calló maravillada.

Armando se acercó á su amiga y la cogió la mano. Como ella la retirase, él temió al pronto una resistencia. Pero Enriqueta se quitó los guantes, y le abandonó dulcemente sus dos manos desnudas y á este primer contacto los dos experimentaron un estremecimiento de voluptuosidad. El aire refrescaba, un soplo forestal que trascendía les acariciaba el rostro. El rodar de los carruajes en marcha, al que el trote rítmico de los caballos daba una confusa cadencia, les mecía blandamente, y los dos se sentían llevados como por una ola. Entonces el joven se inclinó al oído de Enriqueta y murmuró con ardor: «Te amo.» Luego buscó en la sombra la mirada de su amiga, que se fijó en la suya, tierna y pensativa.

Enriqueta meditaba. Aquella hora era la más deliciosa, pero también la más grave de su vida. Dentro de poco Armando la llevaría á su casa, en Vaugirard, al final de la calle de Lecourbe. La vieja no estaba allí y si él quería acompañarla hasta su habitación ella no diría que no, ni tendría fuerza para negarle nada. Por otra parte, aquella noche, al día siguiente ó más tarde—¡qué importa!— iba á ser suya.

¡Ay! La hija del pueblo no se hacía ilusiones. Aquel joven, á quien entonces juzgaba mucho más inocente de lo que había creído antes, estaba sin duda enamorado de ella. Pero ¿cuánto tiempo la amaría? Ella no podía darle más que su juventud y su pobre corazón. Seguramente pronto se avergonzaría de tener una amiga tan sencilla, tan «ordinaria». Solamente en los cuentos de las hadas

el príncipe Encantador se casa con la Cenicienta. Aunque ella le inspirase algo más y mejor que un capricho, que le uniera á su amor por medio de un sentimiento duradero, más pronto ó más tarde, á pesar de todo, tendrían que separarse.

Esta era la historia de muchas de sus amigas. Uno, dos, tres años de locura con un amante de manos blancas, y luego adiós para siempre. No: lo que hacía no era prudente. Algún día sería abandonada como sus compañeras de taller. La mayor parte de ellas, las perezosas, las glotonas, las coquetas se hacían «malas mujeres». Algunas más razonables acababan por casarse con un hombre de su condición, un obrero vulgar que holgaba los lunes y algunas veces las pegaba.

Mas ¿por qué anticiparse las penas? Su destino, después de todo, era el de casi todas las muchachas pobres. La juventud

pasaba como una flor y luego toda la vida sufrir. Felices las que habían gozado un poco de amor no demasiado brutal, algunas breves alegrías en su abril, una linda novela. Enriqueta debía considerarse una de las más favorecidas: por que al menos ella era bonita, bastante bonita para gustar á aquel guapo joven que la estrechaba tan fuertemente las manos y la decía tan dulcemente frases apasionadas. ¡Cómo la seducía, cómo lisonjeaba todas sus delicadezas de mujer, aquel hijo de familia, rico, de tez mate y pura, de voz acariciadora y actitudes elegantes!

No sospechaba que fuese tan deseado el torpe principiante, el escolar de amor, muy satisfecho ya con tocar aquella carne, con sentir aquel olor de mujer. La virgen sin ignorancia que inspiraba aquel deseo estaba aun más embriagada que él. Hubiera querido besarle, estrecharle, aspi-

rarle como una flor. Se contuvo mucho tiempo; pero al fin no pudo más, y después de cerciorarse por una mirada circular de que nadie les veía, Enriqueta posó silenciosamente sus labios sobre los del joven y los dos amantes, inadvertidos entre la multitud nocturna, cambiaron su primer beso bajo la solemne somnolencia de las estrellas.